

Revista Occidente - junio 1968 - N° 197.  
FOFS 34

## "Historia de las fuentes de la bibliografía chilena"

OBRA DE GUILLERMO FELIÚ CRUZ

Por

Julio César Jobet

Es realmente asombrosa la capacidad de investigación y de trabajo de don Guillermo Feliú Cruz. Durante medio siglo ha publicado una cantidad impresionante de obras; ha enseñado con entusiasmo y erudición; ha desempeñado con dedicación y singular eficiencia altos cargos en la administración pública y en el seno de la Universidad de Chile; y ha animado con ejemplar devoción empresas culturales de alta trascendencia.

Hace algunos meses aparecieron los dos primeros tomos de su "*Historia de las fuentes de la bibliografía chilena*", de la cual debe salir un tercer tomo y, tal vez, un cuarto, dada la extensión del material elaborado y por imprimirse. Es una obra magna en el campo bibliográfico, donde el autor es autoridad reconocida, y capital para todos los investigadores del pasado nacional. Se complementa con su anterior y voluminosa "*Historiografía colonial de Chile — 1796-1886*", cuyo primer tomo entregó en 1957.

"Historia de las fuentes de la bibliografía chilena"<sup>1</sup> de Guillermo Feliú Cruz, colma un extraño vacío en la literatura nacional. Chile carecía de un estudio de conjunto sobre la erudición bibliográfica, a pesar de poseer el máximo bibliógrafo de la cristiandad, don José Toribio Medina; y en este reciente trabajo se presenta un cuadro general de las fuentes nutricias de la bibliografía chilena, entendida como el conjunto de todos los elementos bibliográficos que, directa o indirectamente, se relacionan con nuestro país.

### I

Cada nueva producción de Guillermo Feliú Cruz despierta nuestro interés por la erudi-

ción y seriedad de su minerva y, al mismo tiempo, nos provoca alegría, por el afecto y el reconocimiento al viejo maestro y dilecto amigo. Entramos en relación con él en 1929, en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde fue nuestro profesor de Prehistoria Americana, y el verdadero guía en las investigaciones de historia de América y de Chile realizadas en la Sala Medina, de la Biblioteca Nacional.

La Cátedra de Historia de América la servía don Luis Alberto Puga, maestro de pasmosa cultura y de fluída y brillante expresión. Aunque su aspecto era severo, en su trato se comportaba con mucha bondad y comprensión, y en todo momento derramaba su ingenio chispeante y risueño. Por eso despertaba al unísono respeto y cálida simpatía. Nos exponía en forma ordenada y sistemática el proceso de las fuentes documentales de la historia del nuevo mundo a partir de las Cartas de Cristóbal Colón y de las historias generales de las Indias, hasta las grandes producciones de los eruditos contemporáneos de los diversos países latinoamericanos.

La Cátedra de Historia de Chile, la desempeñaba don Luis Galdames, historiador acucioso y original. Poseía un conocimiento profundo de las grandes obras de la sociología francesa y norteamericana, cuyos principios aplicaba a la interpretación del devenir histórico, dándole novedad y hondura. Sus clases atraían por su amena sabiduría y su exposición aguda y luminosa.

Para conocer y manejar las grandes obras analizadas en las clases de historia de América y de Chile, y, a la vez, desarrollar y dominar las materias correspondientes, concurríamos a la Sala Medina. Aquí, don Guillermo Feliú Cruz pasaba a ser espontáneamente nuestro experto y exigente orientador por puro afecto vocacional de auténtico maes-

(1) Obra realizada por la Biblioteca Nacional bajo los auspicios de la Comisión Nacional de Conmemoración del centenario de la muerte de Andrés Bello. Santiago, 1966.

tro, porque no tenía ninguna obligación de hacerlo. Nos indicaba la manera eficaz de penetrar en el trato de las inmensas colecciones documentales, cómo leer y extraer lo valioso de los libros especializados, cómo elaborar las fichas y los apuntes. En una palabra, nos dotaba del método científico indispensable para llevar a cabo nuestra tarea y obtener real provecho del estudio emprendido. Bajo su dirección resolvimos las dudas innumerables suscitadas por el manejo de la "Raccolta Colombina", de Cesare de Lollis; la "Colección de Viajes", de Martín Fernández de Navarrete; las historias generales de las Indias de Fernández de Oviedo, de López de Gómara, de Antonio de Herrera, de Juan Bautista Muñoz; y la "Colección de Historiadores de Chile"...

Durante los cuatro años de los cursos profesionales mantuvimos un contacto cotidiano, abusamos de su paciencia inagotable y nos compenetramos de las fuentes bibliográficas de la historia americana y chilena bajo su abnegada y desinteresada vigilancia. Una vez terminados los estudios regulares, su ayuda eficaz continuó guiándonos en la redacción de la memoria histórica para recibir el título de profesor en esa asignatura. Fue mi erudito consejero en la investigación básica de mi monografía: "Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad", con la cual obtuve mi cartón de profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica.

Una vez lanzado a la vida profesional prosiguieron, hasta hoy día, mis relaciones cordiales con Guillermo Feliú Cruz, y su generosidad se prodigó en muchos estímulos a algunas investigaciones propias hasta llegar a prologar en forma elogiosa y valiente mi "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile", por lo cual debí soportar diversos ataques injustos.

Don Guillermo Feliú Cruz ha sido un maestro ejemplar y un amigo generoso, y por ello compromete nuestra gratitud y explica la alegría sincera con que recibimos cada obra salida de su pluma fecunda. Hombre cabal, erudito bibliógrafo y brillante historiador; admirable catedrático por su elocuencia y sabiduría; funcionario austero y enérgico, capaz de impulsar el mejoramiento y progreso de los servicios a su cargo; es, sin duda, un ciudadano benemérito, ejemplo para las nuevas generaciones.

## II

En los últimos años, Guillermo Feliú Cruz ha entregado numerosas obras de gran cali-

dad sobre diversos aspectos de la historia nacional, y ha sido el motor de los homenajes a José Toribio Medina, en el centenario de su nacimiento; y a Andrés Bello, en el centenario de su fallecimiento, los cuales alcanzaron caracteres continentales. Con tal motivo llevó a cabo una inmensa labor de organización, de redacción de artículos, ensayos y folletos, y dio numerosas conferencias y sostuvo una voluminosa correspondencia. Por un extenso período dirigió y renovó los "Anales de la Universidad de Chile" y fundó la revista "Mapocho". Bajo su dirección, la Biblioteca Nacional editó desde 1951 a 1965, una veintena de volúmenes de la "Colección de antiguos periódicos chilenos", repertorio indispensable para acometer la historia de las ideas políticas, sociales, económicas, jurídicas y educacionales chilenas. Últimamente han aparecido dos gruesos volúmenes relacionados con Andrés Bello, recopilados y prologados por Guillermo Feliú Cruz<sup>1</sup>.

El primero es: "*La Prensa Chilena y la codificación — 1822-1878*", introducción y recopilación de Guillermo Feliú Cruz (Santiago, 1966), obra auspiciada por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Contiene un conjunto de artículos de prensa sobre la codificación de gran importancia como antecedentes para la historia del Código Civil de Chile, y dos apéndices. Uno reúne los homenajes tributados por los "Anales de la Universidad de Chile" a la muerte de su primer rector, en 1865; y el otro, agrupa los artículos sobre el centenario de su nacimiento, en 1831, de los grandes diarios capitalinos.

En una sobria introducción, "Algo sobre

---

(1) Es un bellista consumado y sobresalen sus obras sobre el egregio sabio venezolano-chileno: "Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales del gobierno de Chile", Caracas, 1951; "Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales, administrativos, internacionales y legislativos de Chile. Bello, Irisarri y Egafía en Londres", Caracas, 1957; "Andrés Bello y la administración pública de Chile", publicado como prólogo de "Textos y mensajes de Gobierno", volumen XVI, de las "Obras Completas de Andrés Bello", Caracas, 1964; "Andrés Bello y la historiografía chilena" y "Andrés Bello y la Biblioteca Nacional", ensayos aparecidos en Santiago, en 1965. En 1958, patrocinado por la Comisión Nacional Organizadora del centenario del Código Civil, se imprimió el volumen "Antecedentes legislativos y trabajos preparatorios del Código Civil de Chile recopilados por Enrique Cood, profesor de Derecho Civil de la Universidad de Chile, precedidos de una biografía por Miguel L. Amunátegui Reyes, completados por Carlos Stuardo Ortiz", con introducción de Guillermo Feliú Cruz.

Bello codificador”, explica el origen y el valor de su trabajo. Ahí recuerda que la campaña sobre la conveniencia de una codificación general se inició en 1822, en “El Mercurio de Chile”, redactado por Camilo Henríquez. Pero el órgano principal en la defensa de esa aspiración generalizada fue “El Araucano” (fundado el 17 de septiembre de 1830), a cargo de su colaborador Andrés Bello, quien insertó su primer artículo sobre la materia el 28 de junio de 1833. Andrés Bello, sin ser abogado, poseía una preparación inmensa como juriconsulto. El 17 de noviembre de 1836, a los 55 años de edad, obtuvo en la Universidad de San Felipe el grado de bachiller en las facultades de Sagrados Cánones y Leyes, pero no prosiguió para cumplir la práctica forense y recibirse de abogado. Bello publicó numerosos artículos sobre la necesidad de la codificación y, luego, sobre los diversos temas jurídicos, exhibiendo un dominio acabado del Derecho y la Jurisprudencia.

El segundo volumen es: “*Estudios sobre Andrés Bello*”, compilación y prólogo de Guillermo Feliú Cruz (Santiago, 1966). En él selecciona artículos y ensayos de notables figuras nacionales sobre la personalidad de Andrés Bello con ocasión de su deceso (de José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Domingo Arteaga Alemparte y una veintena de escritores más), y dos estudios bibliográficos: el de Emilio Vaisse, adicionado por Guillermo Feliú Cruz, y el de Eugenio Orrego Vicuña. La introducción, de veintiséis páginas, es un hermoso y sugerente ensayo, en el cual el compilador expone su contacto desde su niñez con las producciones del sabio caraqueño, a través de la lectura frecuente de sus poesías, en su hogar, donde se le veneraba, y, luego, por medio de sus estudios de gramática, versificación y ortografía, de instrucción cívica y de preceptiva literaria, en el colegio. Paralelamente, por la lectura asidua de la simpática “Historia de Chile”, de Francisco Valdés Vergara, donde se esboza una inolvidable semblanza de Bello, y de la “Vida de don Andrés Bello”, de Miguel Luis Amunátegui. La parte de su trabajo titulada: “La visión del hombre a través del recuerdo”, es de una extraordinaria calidad. Los recuerdos de Guillermo Feliú Cruz son el trasunto de lo que le oyó a grandes personalidades de la generación inmediata a la que trató en forma directa a Bello, y configuran una completa y rica silueta humana del insigne sabio. (Sus informantes fueron: Enrique Mac-Iver, Miguel A. Varas Herrera, Augusto Orrego Lu-

co, Martina Barros de Orrego, Gonzalo Bulnes, José Toribio Medina, Juan Agustín Barriga, Luis Claro Solar, Luis Barros Borgoño, Alcibiades Roldán, Domingo Amunátegui Solar, Juan Nepomuceno Espejo Varas, Eduardo Lamas García, José Alfonso, Luis Arrieta Cañas, Paulino Alfonso, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Samuel Ossa Borne, Alejandro Fuenzalida Grandón, Luis Orrego Luco, Emilio Bello Codesido, Enrique Matte Vial, Ricardo Montaner Bello, Inés Echeverría Bello de Larraín, Carlos Silva Vildósola, Alberto Edwards, Joaquín Edwards Bello, Miguel Varas Velásquez, Isabel Bello de Casanueva y Ana Luisa Prats de Sarratea.)

### III

En su “Historia de las fuentes de la bibliografía chilena”, distingue las fuentes externas, o extranjeras, y las fuentes internas, o propiamente nacionales. En el estudio de las fuentes externas deben considerarse los escritores españoles o americanos que han publicado obras sobre el país o se han referido a los autores nacionales; los autores franceses, ingleses, alemanes, italianos, portugueses, holandeses u otros, que se han ocupado del país como viajeros, geógrafos, naturalistas, bibliógrafos; y los autores nacionales que han escrito fuera de Chile en las diversas etapas de su historia. Al enfocar las fuentes externas verifica un examen prolijo de la producción de Antonio León Pinelo, fundador de la bibliografía americana, y de Andrés González Barcia por su pasión en difundir la historiografía americana. Con ruda franqueza declara el autor, al analizar las fuentes bibliográficas españolas, hispanoamericanas, norteamericanas, francesas, inglesas, alemanas, italianas y portuguesas, que su trabajo es incompleto y no llena las exigencias actuales en cuanto a los materiales modernos. Pero de todos modos, por primera vez, se presenta un conjunto bibliográfico como el aportado en esta cuidadosa y notable obra.

En dos densos capítulos traza la biografía de Antonio de León Pinelo (1590-1660), y desmenuza los principales aspectos de su empresa bibliográfica, en especial de su “Epítome de la Bibliografía Oriental y Occidental Náutica y Geográfica”, publicada en 1629 y libro clásico que lo consagró como el padre de la bibliografía americana y, al mismo tiempo, como el primer bibliógrafo de cada uno de los dominios del imperio español y, por lo tanto, de Chile. Por tal motivo reproduce la bibliografía contenida en su obra, sobre Chile. Antonio de León Pinelo dio a

conocer veintidós títulos relacionados con Chile: siete obras históricas (crónicas de Jerónimo de Vivar, Cristóbal Suárez de Figueroa, etcétera), cuatro poemas épicos (Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, Diego de Santisteban de Osorio y Fernando Alvarez de Toledo), diez autores dramáticos, un hagiográfico, y señaló cinco manuscritos.

Después de referirse al bibliógrafo sevillano Nicolás Antonio, al italiano Rafael Savonarola y al portugués Diego Barbosa Machado, verifica un amplio examen del americanista Andrés González Barcia (1673-1743), quien reimprimió diversas obras históricas en su famosa colección "Historiadores primitivos de las Indias Occidentales" e hizo una nueva edición añadida y enmendada del "Epítome", de León Pinelo. Reproduce el catálogo de González Barcia sobre Chile.

Al enfocar otras fuentes bibliográficas utilizables para Chile, entre ellas señala a Juan Bautista Muñoz (1745-1799), quien reunió papeles conservados en 150 tomos, en los cuales trabajaron Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, Carlos Morla Vicuña y José Toribio Medina. A J. B. Muñoz se debió el conocimiento de las cartas de Pedro de Valdivia a Carlos V sobre la conquista de Chile. A continuación reproduce los títulos de las obras de la bibliografía española relativas a Chile; algunas fuentes hispano-americanas, norteamericanas (con sus notables historiadores americanistas Washington Irving y Guillermo H. Prescott, y su agudo erudito Henry Harrisse, 1830-1910), inglesas (William Robertson, 1721-1793), francesas (especial referencia a Henry Ternaux-Compans, 1807-1864, quien le proporcionó a Claudio Gay cinco cartas de Pedro de Valdivia, hechas copiar por J. B. Muñoz en el archivo de Semancas), alemanas e italianas.

Esta primera parte, sobre las fuentes externas, la cierra con un apéndice dedicado al bibliógrafo español del siglo dieciocho, José de Rezabal y Ugarte, oidor regente de la Real Audiencia y presidente interino de la Capitanía General de Chile, y quien falleció aquí el 19 de julio de 1800. Escribió una importante obra de bibliografía española, y por ello lo somete a una detenida apreciación biográfica, bibliográfica y crítica.

En la segunda parte estudia las fuentes internas y empieza con los orígenes de la bibliografía chilena. El nexo entre las fuentes externas y las internas es el abate Juan Ignacio Molina (1740-1829), célebre como naturalista, y autor también del "Compendio de la historia civil del reino de Chile" y del

"Catálogo de los escritores de las cosas de Chile", dándole el lugar de primer bibliógrafo propiamente chileno. Lo reproduce, y en él menciona 65 títulos de obras sobre Chile. En seguida analiza a aquellos cronistas anteriores y posteriores a Molina que en sus obras han indicado algún género de fuentes: Alonso de Nájera, Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Miguel de Olivares, Felipe Gómez de Vidaurre, José Pérez García (1726-1814), de origen español, y Vicente Carvallo Goyeneche (1740-1816). Con estos dos últimos parten la historia y la bibliografía nacionales.

En los comienzos de la república, con la fundación de la Universidad de Chile, se estimuló el estudio de la historia de Chile, por medio de la redacción de memorias, y a ella se agrega la benéfica influencia provocada por la "Historia física y política de Chile", de Claudio Gay, a partir de 1844, cuando salió a luz el primer volumen. En noviembre de 1844 leyó José Victorino Lastarria la primera memoria histórica, y desde entonces se sucedieron las de Diego José Benavente, Antonio García Reyes, Manuel Antonio Tocornal, José Hipólito Salas, Ramón Briseño, Salvador Sanfuentes, Ignacio Víctor Eyzaguirre, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Diego Barros Arana, Domingo Santa María, Federico Errázuriz Zañartu, Melchor de Concha y Toro, y Benjamín Vicuña Mackenna. (Este notable historiador las coleccionó y publicó en cinco volúmenes.) Más tarde se imprimieron otras notables memorias de Miguel Luis Amunátegui, José Toribio Medina y Domingo Amunátegui Solar.

La Universidad de Chile, junto con proteger la investigación científica del pasado patrio, por medio de las memorias indicadas, echó las bases de la bibliografía nacional, acometiendo la realización de una obra fundamental para ella: agrupar bajo las formas bibliográficas la producción impresa en Chile desde la introducción de la imprenta en 1812. En sesión del Consejo Universitario del 17 de diciembre de 1859, presidido por Andrés Bello, se aprobó una indicación de su secretario Miguel Luis Amunátegui para confeccionar un catálogo circunstanciado de las publicaciones hechas en el país desde 1812, y se acordó encomendarle tan delicada tarea al director de los Anales, don Ramón Briseño.

Por esta época fueron editados los cronistas de la colonia, en la "Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional", iniciada en 1861, por el periodista Juan Pablo Urzúa, conti-

nuada por Luis Montt y José Toribio Medina, hasta totalizar 51 volúmenes.

Como antecedentes de la obra de Briseño se pueden señalar las modestas aportaciones del argentino Juan Bautista Alberdi (1810-1884), autor del "Manual del Escritor", publicado en 1846, y en el cual inventariaba los periódicos chilenos desde 1812; la de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, por su "Catálogo de los libros y folletos impresos en Chile", aparecido en 1857; y el de Santiago Lindsay (1825-1876), por su "Catálogo de las obras publicadas en Chile desde el año 1812 hasta el de 1858", que se limita a reproducir, más algunos pequeños agregados, el de los hermanos Amunátegui.

En el tomo II, describe, en forma pormenorizada, a los clásicos de la bibliografía chilena. En primer término, a Ramón Briseño (1814-1910), dedicándole cuatro capítulos (un total de 124 páginas). Es su más completa biografía, redactada a base de todo lo escrito sobre él y, particularmente, en los papeles del archivo de Briseño, puesto a disposición del autor por los descendientes del bibliógrafo. Posee un indiscutible valor original y detalla todos los aspectos de la larga labor docente, funcionaria y bibliográfica de Ramón Briseño, y, en especial, lleva a cabo un concienzudo examen de su obra "*Estadística bibliográfica de la literatura chilena*", en dos tomos (el tomo I, de 1812 a 1859, y el tomo II, de 1860 a 1876).

Luego dedica una cincuentena de páginas a la exposición de la labor de Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes siendo fundamentalmente historiadores contribuyeron de manera erudita y sólida al desarrollo de los estudios bibliográficos. Barros Arana tuvo una profunda afición al estudio de los libros y de sus accidentes; y su relato histórico se apoya siempre en la bibliografía. Además poseía vastos conocimientos de biblioteconomía y organizó la magistral biblioteca del Instituto Nacional. Algo similar ocurre con Benjamín Vicuña Mackenna, y a ambos su erudición histórica los llevó a la investigación de las fuentes documentales e impresas, en las cuales apoyaban sus grandes libros, y de ahí sus inmensos aportes a la bibliografía. También hace un breve análisis de los clásicos "Recuerdos Literarios", de J. V. Lastarria, como fuente bibliográfica del desenvolvimiento nacional, en un importante aspecto de su vida, desde 1823 a 1877.

Los capítulos VI-XIII, páginas 183-407, están consagrados a José Toribio Medina (1852-1930). Es una completa biografía in-

telectual del eminente sabio y ha sido realizada por quien posee el conocimiento más hondo de los gigantescos trabajos de aquel titán de la bibliografía. La producción de Medina alcanza a 392 títulos (libros, folletos y ensayos), y escribió 81.235 páginas (35.596 páginas originales y 45.639 páginas de documentos transcritos, anotados y prologados), y describió de visu 69.682 títulos de impresos americanos o relativos a América. Tal fue el prodigioso resultado de 56 años de investigador y publicista. Ha sido el máximo erudito, dotado de un criterio bibliográfico científico, con un método riguroso y de pasmosa fecundidad.

Al describir los trabajos bibliográficos de los grandes eruditos, se refiere también a la formación de riquísimas bibliotecas particulares, muchas de las cuales pasaron a formar parte, por adquisición del gobierno o por generosa donación del dueño, de la Biblioteca Nacional o de la Universidad de Chile, como las de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina, Ramón Briseño, Gregorio Beeche... A propósito apunta dos hechos extraordinariamente sugerentes sobre la actitud de los gobiernos frente al destino de ellas.

El bibliógrafo Ramón Briseño reunió 7.387 volúmenes entre obras chilenas, americanas y europeas, y sus colecciones alcanzaron un valor inapreciable y, en muchos aspectos, eran muy superiores a las de la Biblioteca Nacional. En 1887 ofreció en venta su biblioteca en el mercado bibliográfico de Londres y en Estados Unidos. Pero en el curso de la negociación intervino el presidente Balmaceda para detenerla, escribiendo una carta a Adolfo Valderrama, modelo de doctrina y previsión, con fecha 16 de noviembre de 1887: "Querido Adolfo, me dicen que don Ramón Briseño está ofreciendo en venta su biblioteca de asuntos chilenos para que se la compren en Londres o en Estados Unidos, y esto no puede ser. El señor Briseño no puede olvidar que fue director de la Biblioteca Nacional, que le debe a este servicio la consideración de preferirlo en caso de venta, ofreciendo al Estado su biblioteca, formada y completada durante los veintitantos años que permaneció al frente de ese establecimiento. He visto el catálogo de Briseño y allí se dice que su biblioteca tiene impresos que no hay en la nuestra. ¿Cómo el señor Briseño se ha olvidado de su país? Póngase al habla con él y con Luis Montt, que aparece como intermediario del señor Briseño y dígales que hagan una oferta al gobierno. Hay cosas que, aunque sean de particulares, se convierten en

patrimonio moral del Estado, y es deber de quien fue funcionario público y recibe del Estado una remuneración por sus servicios mediante una ley especial, preferir los intereses de su patria sobre cualesquiera otros, por fuertes que sean las cifras ofrecidas. Su yo afectísimo.— J. M. Balmaceda.”

Prevalció el pensamiento clarividente de Balmaceda y la biblioteca de Ramón Briseño no salió de Chile, pues se llegó a un acuerdo y se adquirió para la Biblioteca Nacional.

En 1927, durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, se produjo una situación inversa. El ministro de Educación Pública, abogado Pablo Ramírez, ordenó desalojar el edificio de la Biblioteca del Instituto Nacional, para demolerlo, y en su lugar construir una piscina, dispersando sus 80.000 a 100.000 volúmenes. Había recibido el estímulo de Barros Arana y de obras de grandes educadores; el gobierno había adquirido la sección americana de Gregorio Beeche, poseedor de una de las más valiosas bibliotecas particulares del continente, incorporándola a la del Instituto Nacional. A raíz de la orden cavernaria de Pablo Ramírez se perdieron miles de libros y muchos se podían adquirir en las librerías de viejo, en calle San Diego. Escribe Guillermo Feliú Cruz: “La destrucción de esa biblioteca, con la cual cayó la sección americana de Beeche, no mereció ninguna protesta pública en ese tiempo, ni se inició después una investigación administrativa siquiera para establecer dónde habían ido a parar los libros, en qué condiciones y cuáles habían sido recibidos en los liceos; o bien para intentar, como todavía era posible, reconstruir esa extraordinaria biblioteca. Nosotros que habíamos estudiado en el Instituto e investigado en ella e iniciado nuestra carrera bibliotecaria en 1920 en ese establecimiento, consignamos nuestra protesta en un libro que nació en la biblioteca institutana. Nos referimos a nuestra obra “En torno a Ricardo Palma”, publicada en 1933, dos volúmenes. En el tomo primero escribimos una airada protesta por ese atentado contra la cultura, el cual ha quedado impune hasta nuestros días. No pocas molestias nos significó en la Universidad de Chile, de la cual éramos miembros, esa protesta, llegando la corporación a impedir la circulación de este tomo primero que sus prensas habían editado, censurando, al mismo tiempo, *nuestra conducta.*”

En los próximos volúmenes, Guillermo Feliú Cruz estudiará los historiadores con inclinaciones bibliográficas y cercanos a José Toribio Medina, como Domingo Amunátegui Solar, Alejandro Fuenzalida Grandón, Enrique Matta Vial y Tomás Thayer Ojeda; y a los bibliógrafos, como Víctor María Chiappa, Luis Montt, Emilio Vaisse y numerosos otros, hasta llegar a los actuales, como Aniceto Almeida Arroyo, Ricardo Donoso, Eugenio Pereira Salas, Raúl Silva Castro, José Zamudio.

El rápido vistazo dado a la nueva producción de Guillermo Feliú Cruz sugiere su enorme riqueza investigativa e informativa, y nos permite afirmar su magnitud como creación erudita y su indispensable manejo para quienes sienten inclinación por los estudios históricos. Y el admirado y querido maestro prosigue metódicamente en su labor historiográfica y bibliográfica, abarcando los más diversos temas. Pronto saldrá a luz, en las prensas de la Editorial Nascimento, un completo enfoque de la historia del discutido Francisco A. Encina, basado en el análisis de su producción y en largas conversaciones, debidamente apuntadas, sostenidas con él, en el correr de muchos años. Asimismo, en la Editorial Jurídica aparecerá el Epistolario del gran presidente liberal, don Domingo Santa María, en tres volúmenes, recopilado y anotado por el infatigable Guillermo Feliú Cruz, escritor fecundo, erudito y zahorí.

J. C. J.

## OCCIDENTE

### SUSCRIPCIONES

Anual	E°	32,40
Semestral	E°	16,20
Número atrasado	E°	4,—
Valor ejemplar	E°	3,—
Pedidos de ejemplares: Fono 393795		